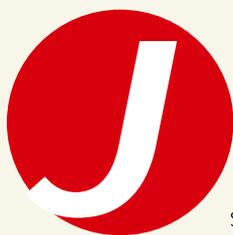


Nuestras Muertas

Autora: Lic. Ángeles Santiago Méndez



Josefina González abraza el overol que su hija Claudia Ivette traía puesto la última vez que la vio salir de casa. Dos niños hallaron la ropa cuando un grupo de civiles voluntarios de Ciudad Juárez, Chihuahua, buscaban a sus "desaparecidas" en el desierto. Junto al cadáver de Claudia Ivette encontraron el de otras siete mujeres, semidesnudas y con las manos atadas, cubiertas bajo escombros, hierba y basura. Laura Berenice, una de las jóvenes asesinadas, había desaparecido dos semanas atrás, en septiembre del 2001; pero su madre, Benita Monarrez, ni siquiera tuvo la certeza de que el cadáver que recibió sea el de su hija porque las pruebas del ADN no coinciden.

María Isabel Nava corrió con la misma suerte. Como todos los días, salió a trabajar a una maquiladora, pero no volvió más. Sus padres vivieron un mes de angustiante búsqueda hasta que un campesino localizó a su hija, calcinada, en un lote baldío. La liga que llevaba en el pelo, y que sobrevivió al fuego, hizo que la reconocieran.

No es éste un relato ficticio, se trata de una historia de dolor, desesperación, horror, indignación e impunidad que empezó en 1993, en Ciudad Juárez, Chihuahua, estado mexicano fronterizo con Estados Unidos. Desde entonces, en promedio cada 15 días es asesinada una mujer. Ya suman 300, más 500 que se reportan como desaparecidas. No importa si se es niña, adolescente o mayor de edad, en Ciudad Juárez ser mujer es hoy

un riesgo inminente, a menos que se pertenezca a la clase alta, ya que hasta el momento sólo han sido secuestradas, torturadas, mutiladas, violadas y asesinadas mujeres de tez morena, cabello largo y complexión delgada, todas ellas de extracción humilde. Eran, la mayoría, jóvenes que trabajaban en la maquila, otras eran estudiantes y unas más, prestaban servicios varios.

Un rasgo predominante en las "muertas de Juárez" (nuestras muertas también) era su carácter de migrante en busca de mejores oportunidades laborales y, claro, de vida. Paradójicamente encontraron la muerte, una muerte indigna y por demás cruel. Nunca sabremos a ciencia cierta lo que sintieron esas 300 mujeres antes de morir. Podemos sólo imaginarlo en una ínfima proporción cuando recibimos noticia del alto grado de sadismo con que sus victimarios las torturaron antes de matarlas, casi como un ritual. Los cuerpos hallados tienen huellas de la introducción de objetos punzocortantes en la vagina o sustancias tóxicas, de violación, de ácido en el rostro. Les arrancan el pecho, les abren las entrañas, las desmembran, las amordazan, les destrozan el cráneo o las queman, les sacan las vísceras, las hierven en aceite, les quiebran la columna vertebral, les pasan el automóvil encima, las asfixian.

Suena dantesco. Lo es. Como también lo es que cotidianamente cientos de mujeres arriesguen su vida por 45 pesos diarios ➔

**" Los muertos pertenecen a los vivos que los reclaman con mayor tesón".
James Ellroy**

CRÓNICAS DEL DOLOR

que reciben en las empresas maquiladoras, como lo es que hasta ahora sigan caminando kilómetros de desierto sin alumbrado público, bajo la amenaza de la oscuridad, sin presencia de oficiales de policía, para llegar hasta el transporte (esporádico y poco eficiente) que las conducirá de regreso a casa, generalmente ubicada en zonas marginales.

Los familiares de las víctimas han tenido que organizarse para encontrar un indicio que los lleve hasta su hermana, hija, amiga, esposa o madre. Recorren basureros, lotes baldíos, orillas de las carreteras, zanjas, la arena del desierto; necesitan agotar sus esperanzas de hallarlas vivas, terminar por fin con la angustia aunque sea para saber que sólo recibirán, quizás, parte de lo que fue esa persona amada.

A pesar de las detenciones del egipcio Shariff (1995), de las bandas de "los rebeldes" (1996) y "los ruterios" (1999), la realidad jurídica indica que no existe ningún culpable auténtico que esté preso por los homicidios seriales contra mujeres en Ciudad Juárez. Hasta el momento no se han esclarecido todos los hechos ni se han terminado los crímenes. Es natural la desconfianza hacia las autoridades de Ciudad Juárez ante lo que, al parecer, son sólo asesinos fabricados, acusados sin juicio ni sentencia.

Como si no bastara con su débil, casi inexistente, respuesta a este "feminicidio", ciertas autoridades municipales y estatales sugieren la responsabilidad de las víctimas en su propia muerte por "tener amistades peligrosas" o se les acusa de usar "faldas demasiado cortas" o de "frecuentar lugares indecentes". A la tortura y la muerte, les sigue el descrédito y el desprestigio moral. El desprecio hacia las mujeres en Ciudad Juárez viene de muchos lados y se concentra en esta descomposición social brutal que ya ha cobrado tantas vidas.

Se han propuesto hipótesis oficiales y extraoficiales sobre los homicidios; se habla de cine snuff (asesinatos en vivo), tráfico de órganos, "trata" de blancas, sexo necrófilo, orgías sexuales o fraternidad delincencial, ritos narcosatánicos. Cualquiera que sea el móvil, es claro que se acompaña de la corrupción policiaca y la protección de las autoridades. Si no, ¿cómo se explica que durante 10 años se cometan 300 crímenes contra mujeres

y se desaparezcan a 500 más bajo la más ofensiva impunidad?, ¿cómo se explica que la población más vulnerable y al mismo tiempo la fuerza de trabajo más importante de Ciudad Juárez esté siendo sacrificada como en un acto de exterminio?

El flujo incontenible de migrantes y la dificultad para integrarlos socialmente, la prevalencia del narcotráfico, el incremento de la drogadicción, la desintegración familiar y el desarraigo, hacen de Ciudad Juárez un campo más que fértil para que pronto el asesinato de sus mujeres les parezca una imagen cotidiana sin más adjetivos ni reacciones. Hoy por hoy las víctimas han sido niñas desde cinco, diez y doce años, hasta jóvenes de 15, 18, 20, 25 o mayores. Uno de los últimos casos (en febrero de este año) fue el de una pequeña de cinco años que apareció en un baldío, sin ojos, apuñalada. Pero las otras, ésas que todavía respiran, también son víctimas. Son víctimas del miedo, saben que pueden ser la siguiente, que les puede suceder lo que a sus vecinas o amigas. Dice la escritora Elena Poniatowska que "somos un país de culpables" por permitir que un sector de nuestro país viva y muera así.

Quizá dejemos de ser culpables cuando reconozcamos que las de Ciudad Juárez son también nuestras muertas, cuando presionemos para que la autoridad dé con los culpables, cuando nos detengamos en el dolor de las víctimas y sus familiares, cuando dejemos de ver estos crímenes como un mero espectáculo televisivo, cuando las mujeres de Ciudad Juárez puedan salir a la calle sin temor, cuando la impunidad no predomine más, cuando se restablezca el respeto por la vida y la dignidad en esa zona fronteriza. Cuando, en resumen, deje de ser realidad aquella triste sentencia que escribiera Sergio Rodríguez: "Cuerpo de mujer, peligro de muerte". **DOLOR**

Bibliografía

- Asesinatos en Ciudad Juárez. La historia. El Paso Times, 23 de junio del 2002.
- Azaola, Elena. La sinrazón de la violencia. Homenaje a las mujeres muertas en Ciudad Juárez. En pouestrashijas.com.
- Contreras P. Octavio. Señorita extraviada. En cimanoticias.com. Periodismo de perspectiva de género.
- Domínguez, M. Christophe. Ciudad Juárez, patibulo y oscuridad. En *Diario Reforma*, 16 de noviembre del 2002.
- González R. Sergio. El caso de las muertas de Juárez. En *Reforma.com*, 6 noviembre del 2002.
- González R. Sergio. Huesos en el desierto. Editorial Anagrama, 2002.
- Macías, Jorge Luis. Madres de Ciudad Juárez. En *La Opinión Digital*, 19 de abril del 2003.
- Montiel F. Mauricio. El Perimetro del mal. En pouestrashijas.com.
- Ortega, Marisela. Llega Ciudad Juárez a 10 años de muertas. En *Reforma.com*, 23 febrero del 2003.